

Pedro Arturo Estrada Z.

Girardota, Antioquia 1956. Poeta, narrador y ensayista. Ha publicado *Poemas en blanco y negro*, Editorial Universidad de Antioquia, 1994; *Fatum*, Colección Autores Antioqueños, 2000; *Oscura edad y otros poemas*, Universidad Nacional de Colombia, 2006. Sus poemas han sido incluidos en diferentes antologías nacionales y locales. Ganó el Premio Nacional Ciro Mendía en el año 2004. Invitado en 1994 y 2005 al Festival Internacional de Poesía de Medellín, así como a diversos eventos y encuentros de poesía en el país. Sus textos han aparecido en revistas como Casa Silva, Universidad de Antioquia, Deshora, Prometeo, Golpe de Dados, Punto Seguido, Boletín Bibliográfico del Banco de la República y en periódicos como El Colombiano, El Mundo, El Espectador, El Tiempo, entre otros. Se ha desempeñado como coordinador de talleres literarios con jóvenes y niños de Medellín en los últimos años. Fue miembro de la Casa de Poesía Porfirio Barba Jacob de Envigado hasta 2005. Acerca de su trabajo expresó el poeta antioqueño José Manuel Arango: *Es la suya una voz sin*

estridencia, sin pose, pero no desprovista de madurez y conocimiento. Sus textos reflejan cierta visión desesperanzada del mundo aunque no cae en la queja gratuita. Antes bien, se asientan sin ilusionismos en la sobriedad de una palabra que da cuenta de su circunstancia sin exageraciones ni atenuantes.

De la muchacha asesinada

Ante quién

por mis manos y pies hechos polvo,
mi rostro en su primera lozanía, calcinado,
por mis pechos cercenados esa noche,
clamaré restitución.

Ante quién

por los días más bellos arrojados al fuego,
por la risa de la mañana, aniquilada,
la fuerza de mi sangre sembrada entre piedras,
tasaré la pérdida.

Ante quién

del amor destruido, los sueños bajo tierra,
la belleza reducida a un montón de vísceras
abiertas, el deseo mutilado;
del grito y el sollozo sólo oídos
por las potencias indiferentes,
pediré respuesta.

Ante quién

por la palabra todavía crédula o apenas ingenua
de la vida y el espanto que la ahogó,
obtendré explicación.

Las brujas dejaban contemplar sus encantos

Para Óscar González

He visto sonreír las caras ebrias de las hechiceras
aquellas noches,
cuando las horas altas oprimían los huesos
y el alma se arrastraba
como una luna achacosa.

Jóvenes y expertas en un arte de siglos,
febiles, vagamente sensuales,
untaban sus ungüentos prodigiosos
como si acariciaran un amante dormido
en sus cuerpos desnudos...

Mi corazón bebía compartiendo el secreto,
el vino oscuro, mágico,
de una nueva locura.

Domingo

El domingo no es tiempo:
es un animal lento y peligroso,
aunque se vuelva gato, ave canora, perro
de ojos tristes.

Y mientras el sol se suicida
como un pájaro contra las ventanas,
la mujer mantiene la memoria,
vuelve a ordenar paciente
la casa de la costumbre.

Nadie tiene nada seguro
antes que marque la aguja
esa hora ciega de las calles
desiertas.

Porque vuelve a la noche
el blando sosiego de no ser
nada.

Fuego fatuo

Ardes solo en la noche
sin voces que te llamen,
sin ojos que te encuentren.
Todo te sabe a nada
y el amor ya no vuelve.
Sólo es tuya la sombra,
el silencio que incrusta
su raíz en tu boca.

Del tigre y tu memoria

Al primer fagonazo de la fiebre
el tigre te saltaba del fondo de los párpados:
la asfixia de sus zarpas en la noche sin ángel, sin
miradas.

Era la sombra que acechaba
tras el día turquesa,
el rostro atravesado de gestos oblicuos,
la risa tarántula de las visitas.

Nadie salvaba tus ojos reventados
detrás de las hendidias del postigo
cuando pasaba lento,
el cortejo del mundo ya sin máscaras.

Sin embargo es ahora,
para siempre es ahora cuando no acude nadie,
y el tigre del vacío es tan real.

Otra casa

Habito, después de todo, la casa
construida en sueños, la casa
levantada en la región translúcida,
en el deseo inmensurable.
Sus cimientos se afianzan en la niebla,
junto al acantilado de la nada se yergue.
Y, sin embargo, en sus profundos
salones silenciosos me refugio.
Cresco, vivo y espero tanto
detrás de sus ventanas...
Entreveo la luz famélica del mundo
a través de sus viejos cristales;
por sus pasillos me extravío,
en sus rincones me reencuentro;
bajo su techo cóncavo descifro
la imagen y el lenguaje sin edad
del vacío...
Sus paredes no ocultan, revelan mis secretos
al sol furtivo que las hierde.
Más no está en sitio alguno nombrada:
mi casa soy yo mismo.
Herederá la muerte sus jardines.

Se llama poesía

Homenaje a Aldo Pellegrini

Se llama poesía todo aquello que cierra la puerta a los
imbéciles, sí.

Todo aquello que abre, en cambio,
la visión y el secreto del mundo a los inocentes,
a aquellos que lo apuestan todo a nada,
los que no guardan, no se cuidan, no acechan,
no calculan y sin embargo, están siempre a punto
de encontrar como por casualidad incluso el amor,
la muerte, la vida misma.

Se llama poesía todo aquello que tira los pies
tras lo imposible. Lo que revela el otro lado de las cosas,
lo que canta al final del desastre sin motivo alguno.
Lo que te avienta inclemente fuera de tu ser
o invade en silencio –marea extraña–,
el interior hasta ahogarte los ojos.

Se llama poesía todo aquello que estalla de golpe
en la palabra, sin aviso y sin lógica.
Lo que no puede explicarse propiamente a los listos,
a los que siempre tienen la razón.

Se llama poesía todo aquello que vuelve luego del exilio,
la derrota, los miedos. La luz que un día retorna
a los cuartos cerrados de la vieja memoria; la antigua,
recuperada simplicidad de los días.

El viento que reaviva una llama en la noche. Lo que nos
sobrevive, lo que siempre nos queda más acá de la
herida, la pérdida más honda, como una última, callada,
oculta fortaleza.

Las muchachas nacen silvestres

Para Lina María Ceballos

Una muchacha puede nacer y crecer instantáneamente en cualquier lugar y hora. Producto natural de la tierra, brota de repente en un parque público, una esquina de barrio, una puerta humilde, una estación de metro, un hospital a las dos de la madrugada, un cementerio bajo la lluvia. Hay poderosas fuerzas espacio temporales que se concitan alrededor de estas apariciones de muchachas que, según los especialistas, suelen clasificarse en grupos o variedades casi infinitas.

No es lo mismo –digamos– una muchacha de parque metropolitano que una de jardín pueblerino. La primera, es obvio, tendrá mejor tamaño y aspecto pero su color, su brillo, serán de menor duración dada la impureza ambiente mientras la segunda, más fina, más fresca, mantendrá un encanto íntimo, perdurable. Así mismo, se acentúan los matices entre muchachas surgidas de la noche y las que afloran por la mañana

o se reproducen como muñecas de acrílico
en los centros comerciales. Pero es un misterio indudable
cómo se dan silvestres las muchachas
y también, cómo desaparecen de golpe,
dejando en el aire la fragancia a veces dulce,
a veces áspera o venenosa
de su paso fugaz en nuestras vidas.